

## tensión con sabor a menta

CON «Peppermint frappé», Carlos Saura accede a un dominio del lenguaje cinematográfico que ya había sido utilizado con singular efectividad y talento en su anterior film, «La caza». Puede apreciarse, de una a otra película, la coherencia del discurso político e ideológico en que se ha comprometido Saura. Su evolución cinematográfica es evidente. Tras dos films de tanteo, «Los gallos» y «Llanto por un bandido», en los que intentaba, respectivamente, una puesta al día de la normativa neorrealista desde una perspectiva más crítica y una profundización en el camino de cine espectacular y popular propugnado por Bardem en «Senatas», Carlos Saura afronta con su tercera película, «La caza», una problemática más personal.

A partir de aquí puede aceptarse la evolución a que se ha aludido antes. También desde la perspectiva de «La caza», algunos de los elementos característicos de sus dos films anteriores saltan a primer plano, entre ellos, un cierto sentido de la violencia y lo que podemos denominar una estética de la tensión.

La violencia, en «Los gallos», era el recurso inmediato de unos seres marginados que intentaban desesperadamente integrarse con un mínimo decoro en la sociedad que los hostigaba. La violencia, en «Llanto por un bandido», era el método adecuado para trastocar un orden establecido; era, también, la forma en que se resolvían unas relaciones mantenidas en un plano de tensión histórica y política.

Pero es en «La caza» donde esos elementos aparecen como clarificadores de una situación dramática. Los personajes están sometidos a una tensión que explota trágicamente en las últimas escenas. Era inevitable: la acción conduce rigurosa, inexorablemente hacia esa destrucción de los personajes.

«Peppermint frappé» es una prolongación, un enriquecimiento de los temas desarrollados en «La caza». Un médico provinciano, un cuarentón ratado y solitario encuentra, al cabo de los años, a un amigo de la infancia, casado con una extranjera. Esta muchacha rubia y enormemente atractiva, sublima las obsesiones y frustraciones del médico. Trata de convertir en realidad sus deseos, pero ante el tajante rechazo de la esposa de su amigo, se dedica a «crear», a su imagen y semejanza, una mujer como la que anhela. Para ello utiliza a su enfermera, una muchacha pueblerina, a la que transforma paulatinamente en el objeto deseado. Pero la «creación» completa no se realiza hasta que el médico logra destruir a la mujer que le ha rechazado.

El tema tiene sus reminiscencias, tanto literarias como cinematográficas. En la dramaturgia de la doble personalidad se percibe siempre, de un modo u otro, la herencia del mito creado por Stevenson en «El extraño caso del doctor Jekyll y Mr. Hyde». Cinematográficamente, las coordenadas de Saura se encuentran inscritas, al menos, en la aplicación de esa estética de la tensión, en el área de los films de Polanski, aunque temperamental y racialmente —y casi podría añadirse que ibéricamente— se halle mucho más próxima a un Buñuel. No hay más remedio que pensar en la extraordinaria secuencia de la maniquí en «Ensayo de un crimen» ante determinadas escenas de «Peppermint frappé». Saura no niega la influencia buñueliana; la rechaza cuando se pretende que es un simple mimetismo. Pero él mismo proclama la ilustre herencia del maestro aragonés, desde el momento que su película está dedicada a Buñuel.

Sin embargo, no hay que llamarse a engaño: el homenaje es puramente sentimental, porque «Peppermint frappé» es una película absolutamente original, repleta de personalidad. Y no es muy frecuente hallar una película española en la que pueda reconocerse el sello de su autor.

El peppermint es la bebida que recuerda una amistad antigua y que destruye unos personajes. Ese licor de menta es uno de los varios elementos que juegan significativamente en la acción de la película: los recortes de las revistas gráficas, los utensilios de maquillaje, el tambor de Calanda... A través de estos objetos, Saura descompone la obsesión sexual del personaje que incorpora José Luis López Vázquez. La relación sensitiva del actor con los objetos confiere a la narración su particular viveza. Ya en «La caza», Carlos Saura había demostrado su sensibilidad para dirigir a los actores en relación con un paisaje, con unos escuetos y precisos elementos objetivos. En «Peppermint frappé», el método adquiere mayor categoría, ya que el personaje central, ostendiblemente interpretado por López Vázquez, quien desde «El pisto» no había encontrado un papel de semejante talla dramática, desvela su personalidad reprimida a través de la acción sobre los objetos: unos indican la fuerza de sus frustraciones; otros le permiten llevar a cabo su doble tarea de destrucción y creación.

En definitiva, como los grandes films de Buñuel, «Peppermint frappé» es, ante todo, un film de amor, un hermoso film de amor, cumplido y resuelto tras una trágica experiencia.

JESUS GARCIA DE DUEÑAS



4711 y la joven moda: John y Jennifer, Inglaterra

## "Genuine Eau de Cologne ? ... Yes, of course!"

Alegre, con todos los colores del arco iris, nace la nueva moda inglesa. La consigna que Inglaterra da a la juventud europea destaca por su animación y vitalidad. John y Jennifer participan entusiasmados en este juego, pues rebosan ideas y alegría de vivir. Para refrescarse usan 4711 GENUINA AGUA DE COLONIA. En esto están de acuerdo con todos los jóvenes del mundo.

Deliciosamente tonificante con su frescor de primavera es la siempre joven



GENUINA EAU DE COLOGNE  
Glockengasse, Colonia (Rhin)